

ria en el siguiente pasaje de Maspero, tomado de *Une Enquête Judiciaire à Thèbes*, páginas 62 y 63:

«A Memphis se encuentran, hasta bajo los Ptolomeos, sacerdotes de Menes, de Ata, de Sahuria y de otros faraones pertenecientes á las dinastías más antiguas—De Rouge. *Étude sur les monuments qu'on peut attribuer aux six premières dynasties de Manéthon*, páginas 31, 53, 83.—A Thebas el culto de los Usortesen, de los Ahmés, de los Aménophis,—véase en el *Papyrus Abbot*, plancha I, línea 13, la mansion de un sacerdote de Aménophis,—ó de ciertas reinas como la reina *Nefer-tari*.—Lieblein, *Deux papyrus, etc.*, página 31, plancha III, línea 6; Sharpe, *Eg. Jusc.*, tomo II,—estuvo floreciente durante varios siglos. Si entre los particulares no sorprendemos los indicios de una veneracion tan viva, es porque en las tumbas privadas, las ceremonias se cumplian no por sacerdotes especiales, sino por los hijos ó descendientes del difunto. A menudo, al cabo de algunas generaciones, ya fuera por negligencia, ya por cambio de lugar, ruina ó extincion de la familia, quedaba el culto suspendido y se perdía la memoria de los muertos.»

A este pasaje que claramente implica que el culto permanente de los reyes difuntos no fué más que una forma más desarrollada del culto ordinario de los antecesores, puedo añadir como confirmacion este párrafo de *De Rouge*:

«Cada pirámide tenia en uno de sus lados una construccion funeraria, una cierta clase de templo en donde se celebraban las ceremonias de un culto dedicado á los soberanos deificados. Yo no dudo que este culto principió ya durante su vida.»—*Memoires de l'Academie des Inscriptions*. Tomo XXV, 2, página 254.

¡Y todavía en presencia de tales testimonios, que armonizan con todos los otros que hemos hablado, se sostiene que los dioses del Egipto primitivo fueron personalizaciones de las fuerzas de la naturaleza!

APÉNDICE B

Al dirigir en el texto contra la mitología la crítica negativa que resulta de una teoría opuesta, no por esto dejé de hacer algo de crítica positiva; pero no quise estorbar mi objeto con objeciones que podía oponer. En este sitio solo quiero exponer las razones que tengo para recusar la teoría mitológica. Faltan en las páginas que siguen los epígrafes de los capítulos, que el lector cuidará de llenar.

1. A primera vista es evidente que una ciencia más especial no podría ser comprendida con perfeccion sin que lo sea la ciencia más general que la contiene: de ahí resulta que no puede fiarse en las conclusiones sacadas de la ciencia más especial, mientras faltan las conclusiones sacadas de la más general. Por esta razon no puede darse fé ninguna á las pruebas filológicas, mientras no descansen en pruebas psicológicas. Cuando en lugar de estudiar directamente los hechos del espíritu, se les estudia por un método indirecto, á través de los hechos del lenguaje, se introducen naturalmente en el estudio nuevas causas de error. Cuando quieren interpretarse ideas en vias de evolucion, se expone á equivocarse. Cuando quieren interpretarse palabras y formas verbales en vias de evolucion, se hallan nuevas causas de error. Esto es desafiar dos clases de dificultades, á la vez que estudiar el desarrollo mental á través del desarrollo del lenguaje. Aunque los hechos suministrados por la evolucion de las palabras tengan la utilidad de un testimonio auxiliar, sirven poco en sí mismos; y no se podría comparar su valor con el de los hechos sacados del desarrollo de las ideas. Por eso el método de los mitólogos, que razonan segun los fenómenos ofrecidos por los símbolos en vez de razonar con arreglo á los fenómenos simbolizados, es un método erróneo.

Un ejemplo bastará para demostrarlo. En una conferencia dada en la Institucion real en 31 Marzo de 1871, el profesor Max Muller decia: «Los Zulús llaman alma á la sombra, y tal es la influencia del lenguaje, que aun contra el testimonio de los sentidos, los Zulús creen que un cadáver no puede proyectar

una sombra, porque la sombra, ó como diríamos nosotros, el espíritu, se ha separado de él. Se cree que esta explicación solo se apoya en el lenguaje. Se deja á parte el curso de las ideas que en muchas razas ha producido la identificación del alma y la sombra, y que tiene por corolario la partida del alma ó de la sombra en el acto de la muerte. Los lectores que habrán aprovechado las numerosas pruebas suministradas en esta obra, reconocerán lo profundo de este error.

2. El método de los mitólogos trastorna el verdadero de otra manera, diferente sin duda, pero que algo tiene de la primera. Parten de las ideas y sentimientos de los hombres civilizados. Con estas ideas es con las que estudian los sentimientos de los hombres semi-civilizados. De ahí pasan por vía de inducción á las ideas y á los sentimientos de los no civilizados. Empiezan por lo complejo y de él sacan los factores de lo simple. Una analogía demostrará la gravedad de los errores en que con este método puede incurrirse. En organismos superiores obtuvieron deducciones enteramente erróneas: no entraron por el buen camino hasta que empezaron á estudiar los organismos poco desarrollados, los tipos inferiores y los embriones de los superiores. Ningun anatomista ocupado únicamente en el estudio de mamíferos adultos imaginó jamás que los dientes implantados en las mandíbulas no pertenecen al esqueleto, sino que son productos dérmicos. Esto no es más que un ejemplo de las innumerables revelaciones que el estudio de los animales en el orden de una evolución ascendente nos ha proporcionado. Otro tanto sucede con los fenómenos sociales comprendidos los sistemas de creencia que los hombres han formado. Conviene seguir en este estudio lo propio que en el de la biología el orden de la evolución ascendente. Solo puede hallarse la clave de sus creencias en las ideas de las razas más inferiores.

3. En el postulado del profesor Max Muller, que supone que hubo primeramente una concepción elevada de la divinidad, la cual vino la mitología á corromper, vemos un ejemplo de las alteraciones que puede producir el método que investiga el génesis de las creencias, descendiendo en lugar de investigarlo ascendiendo. «Cuanto más hácia lo pasado nos remontamos, dice, cuanto más examinamos los primeros gérmenes de una religión, más puras se muestran las concepciones de la divinidad.» Luego, á menos de suponer que el profesor

Max Muller ignore los hechos que hemos reunido en este volumen, debemos reconocer en este pasaje una perversion de pensamiento que nace de no considerarlos en el orden que es menester. Y debemos reconocerla con tanto mayor motivo, cuanto que sus investigaciones lingüísticas le prueban por medio de ejemplos numerosos que los órdenes inferiores de la especie no poseen ninguna palabra que pueda expresar la idea de un poder universal, y no podría, según la misma doctrina de Max Muller, tener idea de él. El salvaje carece de palabras propias para expresar hasta las ideas generales y las abstracciones de orden inferior; es, pues, imposible que las posea para formar una concepción que reuna á la vez una extensa generalidad y una profunda abstracción. Es muy poco probable que las explicaciones mitológicas del profesor Max Muller, que convienen con un postulado tan poco justificado, sean verdaderas.

4. La ley del ritmo aplicada á la sociología, supone que los alternativos cambios de opinión son violentos en la misma proporción en que son extremas estas opiniones. La política, la religión, la moral, proporcionan ejemplos de ello. Se aceptó sin reserva la fé cristiana, y más tarde los hombres que la sometieron á exámen empezaron á rechazarla sin reserva como una invención de sacerdotes: falta por ambas partes. Igualmente, después de un periodo en que se admitía la verdad absoluta de las leyendas clásicas, se empezó á desecharlas como totalmente falsas; unas veces vieron hechos históricos en ellas, en otras se las rechazó como puras ficciones. Persuadidos de que el impulso de la reacción llevará muy lejos la opinión, podemos concluir que estas leyendas no son ni enteramente verdaderas ni enteramente falsas.

5. La hipótesis que admite la posibilidad de establecer una separación entre la leyenda y la historia, es completamente insostenible. Es absurdo suponer que en un momento dado pasemos repentinamente de la fase mítica á la histórica. El progreso, el desarrollo de las artes, el aumento del saber, una vida más arreglada, todo esto supone una transición gradual pasando de las tradiciones en que hay escasa realidad y mucha ficción á las tradiciones en que hay poca ficción y mucha realidad. En ella no podría haber solución de continuidad, cambio brusco. Por consiguiente, toda teoría que mire las tradiciones como absolutamente históricas antes de la época en que se las consideró como históricas, es forzosamente falsa. Necesario es admitir que cuanto más antiguo

es el relato, más pequeño es el ciclo histórico que comprende; pero que, por lo mismo, comprende un ciclo histórico. Los mitólogos no atienden á esta necesidad.

6. Si consideramos este olvido bajo otro punto de vista, aun nos parecerá más sorprendente. Una sociedad que ha crecido y llegado al fin á la época en que empiezan á consignarse los sucesos en documentos, debió pasar por una larga série de acontecimientos que no fueron consignados. Los más notables han sido transmitidos por tradicion oral. Eso quiere decir que toda nacion primitiva que tiene una historia escrita, tuvo antes una historia no escrita, cuyos puntos más notables han sobrevivido en la tradicion más ó ménos alterados. Desde el momento que se admite que los pretendidos hechos de los héroes, de los semidioses y de los dioses anteriores á la historia positiva son tradiciones alteradas, todo va bien. Pero si decimos que son mitos, se ofrece una duda: ¿Dónde están las tradiciones alteradas de los acontecimientos reales? Toda hipótesis que no dé á esta pregunta una contestacion categórica y satisfactoria, está fuera de lugar.

7. La naturaleza de las leyendas prehistóricas sugiere otra objecion. En la vida de los salvajes y de los bárbaros, los principales acontecimientos son guerras. ¿En qué consiste que el carácter comun á todas las mitologías, india, griega, babilónica, tebana, mejicana, polinesia, etc., esto es, el de que las primeras hazañas narradas, aun comprendiendo en ellas los acontecimiento de la creacion, toman la forma de un combate, esté de acuerdo con la hipótesis que considera estas leyendas como relatos idealizados de los sucesos humanos? Pero este rasgo no concuerda en manera alguna con la hipótesis que presenta aquellos sucesos como ficciones destinadas á explicar el génesis y el orden de la naturaleza. El mitólogo imagina que los fenómenos se formulan así; pero nada hay que pruebe que así debieran formularse en un espíritu primitivo. Para asegurarse de ello no hay más que preguntar si un niño, al cual nada se ha enseñado, se representaría el mundo exterior y los cambios que se verifican en él, como los efectos de las batallas.

8. El estudio de las supersticiones por el método analítico descendiente

en lugar del ascendente, lleva á otros errores; él hace suponer en el culto de la naturaleza causas que no hay. El espíritu rudimentario del hombre primitivo no tiene las tendencias emocionales ni las tendencias intelectuales que suponen los mitólogos.

Observad primeramente que las ideas y los sentimientos que son el origen *real* de este culto, y que hemos presentado en este volumen, se hallan en todas las formas del espíritu rudimentario, en el del salvaje, en el del niño de una raza civilizada, en el del adulto civilizado que no ha recibido instruccion. Todos tienen miedo á los espíritus. El horror que experimenta el niño cuando está á oscuras; el miedo que siente el labriego cuando ha de atravesar de noche un cementerio, son ejemplos de la duracion del sentimiento que es el elemento esencial de las religiones primitivas. Si este sentimiento, pues, excitado por pretendidos seres invisibles que induce al salvaje á la práctica de un culto, es un sentimiento aparente entre nosotros, en el hombre jóven y en el ignorante, fuerza es deducir de ahí que si el salvaje siente un sentimiento análogo que le lleva á la práctica de un culto, este sentimiento, evidente en él, debe ser igualmente aparente en el jóven y en el ignorante de nuestra raza.

Otro tanto puede decirse del elemento intelectual que los mitólogos atribuyen al salvaje. La tendencia especulativa á la que refieren ellos las interpretaciones primitivas de la naturaleza, es una tendencia que deberia mostrar habitualmente el salvaje, y que el ménos desarrollado de los hombres civilizados deberia mostrar tambien. Veamos los hechos en uno y otro caso.

9. El niño acostumbrado á ver el sol, no experimenta hácia él ningun sentimiento de temor. Nadie, al recordar su infancia, recuerda un sentimiento de temor que se refiera á este objeto, el más sorprendente de todos los de la naturaleza, ni señal alguna de este sentimiento en ninguno de sus compañeros. ¿Existe un labriego, hay una criada que demuestre por el sol el más débil sentimiento de veneracion? Se mira de vez en cuando, se le admira quizás en su ocaso, pero siempre sin que se mezcle en ello ni siquiera una sombra del sentimiento llamado adoracion. El sentimiento de esta clase que origina, y solo es un sentimiento vecino al de la adoracion, solo se produce en el espíritu de las personas instruidas á las cuales la ciencia ha revelado la inmensidad del universo. Lo mismo acontece con otras cosas familiares. Un labrador no siente ni respeto siquiera por la tierra que cultiva; ménos siente aun la emocion que le llevaria á ver en la tierra una divinidad. Ciertamente sucede que el miedo asalta